UN YERNO

A PEDIR DE BOCA

JUGUETE EN UN ACTO, Y EN VERSO

original de

D. JUAN RODRIGUEZ RUBÍ

Estrenado en el teatro Martin de esta corte, en la noche del 6 de Noviembre de 1871

MADRID.—1871
LIBRERIA DE CUESTA
Carretas, 9

La propiedad de esta obra pertenece á la VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA, y nádie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los propietarios se reservan el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Madrid 1871. — Tipog. de G. Estrada, Hiedra, 7.

PERSONAJES.	ACTORES.
D. CLEMENTE.....	Sr. Tormo.
LUISA.....	Sra. Carceller.
FABIAN.....	Sr. Yañez.

La accion pasa en el peor pueblo de España. Epoca actual.

717864

ACTO ÚNICO.

La escena representa una sala pobremente adornada.—Puertas laterales y en el foro.—La de la izquierda guia á la habitacion de LUISA; la de la derecha, á la de D. CLEMENTE.—Junto á la puerta de éste hay un baul-mundo abierto; cerca del proscenio un butacon de cuero, antiguo. En un rincon avíos de pescar.

ESCENA I.

DON CLEMENTE, *con bata, gorro y zapatillas*, LUISA.

D. CLEM. ¡Hombre más estrafalario!
¡Tambien ha sido ocurrencia!
¡Cuidado con perseguirme
hasta una mezquina aldea!
LUISA. ¿Qué es eso, papá?
D. CLEM. ¿Qué es eso?
¡Ya estás hecha buena pieza!
¿Cómo ha sabido Fabian
nuestra estancia veraniega?
LUISA. ¡Qué sé yo! (¡Por mi conducto!)
D. CLEM. Pues sabe que aquí se encuentra.
LUISA. Hace más de quince dias.
D. CLEM. ¡Quince dias!
LUISA. ¡Buena es esa!
D. CLEM. Pues no le he visto.
LUISA. Está claro:
no tratándose de letras

de cambio, ó de componer
los trebejos de tu pesca,
nunca ves nada.

D. CLEM. ¡Ya es droga!
¡Ni aquí respirar me dejan!
Donde por no haber, ¡ni médico
hay lo ménos en tres leguas!
Y precisamente hoy
que á Madrid damos la vuelta.

LUISA. ¿Nos vamos hoy?

D. CLEM. ¡No hay remedio!
mañana en Madrid: se juega
mi fortuna en un negocio,
que presenciar me interesa:
y, ó triplico mis millones,
ó me quedo en la miseria;
es un negocio de bolsa...

LUISA. ¡Y te estás con esa flema!
Nada me has dicho y están
sin arreglar las maletas.

D. CLEM. ¿Qué importa eso?

LUISA. ¿Qué importa?

D. CLEM. Buena tengo mi cabeza...
¡Eso se hace en un momento!

LUISA. ¡Como siempre! A la suprema
hora de partir el tren:
parece que no recuerdas
que á pié nos hemos quedado
más de una vez...

D. CLEM. ¡Bah! ¡Ya empiezas
con tus prisas!...

LUISA. Pero, dime;
Fabian en esto ¿qué juega?

D. CLEM. ¿Qué juega? Que me ha enviado
esta mañana una esquela
pidiéndome una entrevista:
está puesta en toda regla:
una nota diplomática
parece... ¡Hum! A la legu

RBC
NcU

presumo lo que será...
es tu novio... ¡no lo niegas!

LUISA. Nunca niego la verdad.

D. CLEM. Ya hace tiempo que las vueltas
nos sigue, y hasta en la sopa
lo hallarémos, ¡es monserga!
y ¿quién es ese muchacho?
¿A cuanto ascienden sus rentas?
Algun pelambron que sabe
que eres mi única heredera
y como voy para viejo...

LUISA. Papá, ¡por Dios! ¡no le ofendas!
Es mi novio, y por lo tanto,
la honradez á toda prueba;
que no diera yo mi amor
á quien no lo mereciera.
Tiene el pecho algo más grande
que las mundanas riquezas,
y si hoy quiere hablar contigo
es que acabó su carrera.

D. CLEM. ¿Su carrera?

LUISA. Sí: ya es médico:
con ese título cuenta...

D. CLEM. Bueno, bueno. ¡Allá verémos!
Le dejarémos que ejerza
unos años: que conquiste
un nombre. ¡Porque esa ciencia!
En fin... ¡Que se haga famoso!

LUISA. Y que de viejo se muera
y entónces nos sacarán
á los dos en una espuerta...
al sol... (¡Qué papá tan raro!)

D. CLEM. (Quitándose la bata y el gorro, que deja encima del mundo, y poniéndose una levita y un hongo, dice dirigiéndose á las cañas de pescar.)
Voy á ver si aquella tenca
se quiere burlar de mí...

LUISA. ¿Le has contestado?

D. CLEM. Que venga:

que le espero hoy á las once.

LUISA. Pues mira, ya andarán cerca.
¿Vas á salir?

D. CLEM. Sí.

LUISA. Te advierto
que es muy puntual.

D. CLEM. ¿La tenca?

LUISA. ¡Qué tenca ni que ocho cuartos!
Mi novio, Fabian.

D. CLEM. ¡Si vieras
que hermosa es! Cuatro libras
apostaria á que pesa.
Ayer pudo más que yo:
¡no hubo cebo que quisiera!
¡Saben más! Yo la prometo
que en el rio no se queda.
Dejé bien cebado el sitio
y hoy verás...

LUISA. Como que espera
muerta de risa á que vayas
con el anzuelo y la cesta
á cogerla...

D. CLEM. Tengo yo
un pulso, que ni de seda.
Verás qué gusto te dá
cuando en tus manos la veas
coleando... ¿Dónde hay
placer como el de la pesca?

(Váse por el foro con todas las provisiones de pesca.)

ESCENA II.

LUISA.

¡Ya no puedo sufrir más!
Me van faltando las fuerzas
para tratar este génio,
que me agota la paciencia.
Sabiendo que vá á venir

mi novio, toma la puerta,
y sin cuidarse de mí
¡¡por un pescado me deja!!
Nó: ¡mi padre no me quiere!
¡Y que aún haya quien sostenga
lo contrario! ¿Qué dirian
si lo que ahora pasa, vieran?
¡Bueno se pondrá Fabian
cuando este desaire sepa!
¡Con ese génio que tiene
y que á ninguno tolera
que le falte en lo más mínimo!
Al ver que en cuestion tan séria
papá le deja plantado,
de fijo tenemos fiesta:
suenan pasos... él será:
¡Dios de su mano le tenga!

ESCENA III.

FABIAN, *por el foro, de negro,* LUISA.

FABIAN. (Desde la puerta.)
¿Don Clemente?...
(Reparando en Luisa.)
Luisa mia.
LUISA. ¡Qué majo!... ¡Vaya!
FABIAN. Así es.
LUISA. Un brazo de mar...
FABIAN. Ya ves
no es para ménos el dia.
(Sacando el reló.)
Las once.
LUISA. ¿Y sereno?
FABIAN. ¡Bah!
Sereno, sí, ¿qué te agita?
A esta hora ha sido la cita...
¡Anúnciame á tu papá!
LUISA. ¿A mi papá?

FABIAN. Eso es:
pero corre, sin tardar,
no quiero hacerme esperar;
sabes que soy muy inglés.
Todo aquel que dá al olvido
una cita, no es honrado:
(Mirando al reló.)
tres minutos han pasado,
la culpa mia no ha sido.
¡Con que, anda!...

LUISA. Yo...

FABIAN. ¿Qué te pasa?
¿Es que ha habido alguna gresca?

LUISA. ¡Qué papá se ha ido de pesca!
sábelo: ¡¡Qué no está en casa!!

FABIAN. ¿De pesca, y me hace venir?
¡Tal ofensa! Por quien soy
que me la ha de pagar.

LUISA. Hoy
todo te lo he de decir.

FABIAN. ¿Pues qué ocurre? Empieza ya,
que me tienes conturbado.

LUISA. Hasta ahora te he ocultado
el carácter de papá.
Lo contrario hubiera sido
conducirme sin nobleza:
hoy puedo hablar con franqueza
pues vas á ser mi marido.
Sabe por fin, Fabian,
aunque el dolor me taladre,
que no ha habido cual mi padre
otro padre desde Adan.
Desmemoriado... ¡Qué horror!
¿Otro como él dónde habria?
Jamás se acuerda del dia
en que vive el buen señor.
Hoy por ejemplo: nos vamos...

FABIAN. ¿A Madrid?

LUISA. ¡Sin duda alguna!

Dice que está su fortuna
en ello, y sino llegamos
mañana, todo se pierde:
en tanto de pesca vá,
se olvida de tí, y será
un milagro que se acuerde.
De mí no hace ningun caso,
y ¡¡cuida cosas agenas!!
¡Cómo contarte las penas
que con su carácter paso!
Lo hace todo de tal modo,
que ha dado en decir la gente
son cosas de Don Clemente,
y ya está arreglado todo.
En la mesa, ¡vaya un rato!
al ir á servirme sopa,
vá y me la encaja en la copa,
y el vino me echa en el plato.
Otro dia en el paseo,
iba á su brazo agarrada,
cuando de pronto asustada
que no está á mi lado veo.
Eché á correr, llego, sudo,
y él, sin que su paso afloje,
en esto del brazo coge
á un caballero barbudo.
—"¿Qué hace usted?" le grita el tal.
Y él contestó:—"¡No se aflija!
Creí que era usted mi hija,"
y se quedó tan formal.
¿Qué te parece? Y en casa,
anda siempre hecho un huron;
ni te dá conversacion
ni sabe lo que le pasa.
Sólo vive en su negocio
y esto será bueno ¡sí!
más que me dedique á mí
algun momento de ócio.
¿Pido mucho? yo soy franca,

sin verle afable jamás...
¿Pues qué, no valgo yo más
que una jugada de banca?
Y si nunca llego á ver
que me cuida, y me vigila,
¿cómo puedo estar tranquila?
¿Cómo le podré querer?
En invierno, allá en Madrid,
sufriendo sus distracciones
y disgustos á montones,
y siempre en contínua lid.
Y en verano, de esta aldea
me ofrece la soledad,
sin comprender que á mi edad
la pesca no me recrea.
¡Y siempre el mismo ha de ser!
Me quejo á algunos amigos,
que de todo son testigos
y que me han visto nacer,
y la respuesta que enfrente
me dan, aunque no me cuadre,
"¡Bah! *son cosas* de tu padre,
cosas son de Don Clemente."
Y con sus cosas, te digo,
que no veo de estupor.
¡¡Qué tenga cosas, señor,
con todos, ménos conmigo!!
Sabe que mi pena es mucha,
que en tí mi amor se refleja,
y sin embargo nos deja
por ir detrás de una trucha.
¿Quién habrá que esto le cuadre
¿No puedo? ¡Ya es mucho afan!
¡Líbrame por Dios ,Fabian,
de las cosas de mi padre!

FABIAN. Já! já! já!

LUISA. ¿Te ries?

FABIAN. ¡Justo!

LUISA. Pues no comprendo tu risa.

FABIAN. Ya la entenderás, Luisa.
¡¡Es que me muero de gusto!!
Es que al fin encuentro aquí
el tipo que yo queria.
¡Le cayó la lotería!
¡Oh: se acordará de mí!
Más que las dichas cuantiosas,
y un fortunon sin segundo,
lo que hace falta en el mundo
oye bien: *es tener cosas.*
Ese raro sér que ufano,
en este mundo cruel,
oye siempre en torno de él:
"Bah ¡*son cosas* de fulano!"
sin tener otra razon,
y sin sufrir ni un sonrojo,
procede siempre á su antojo
y olvida la educacion.
Es muy cómodo, en verdad,
tan sutíl procedimiento,
pero yo á nádie consiento
faltas de tal entidad.
¡No señor! yo no me avengo,
á esas frases perniciosas...
—"¡*Tiene fulano unas cosas*!"—
¡Pues bien! yo tambien las tengo.
Y me doy este solaz
sin pecar nunca de injusto.
¿Hace usted siempre su gusto?
Pues yo hago el mio, y en paz.
¿Que tiene usted *cosas*? ¡Sí!
¿Y que esas *cosas* son coces?
¡Corriente! mas esos goces
concédamelos á mí.
¡Que se llega hasta el cinismo,
hasta el desprecio? ¡Mejor!
¡Lo apruebo! ¡Bah! Sí señor,
yo acostumbro á hacer lo mismo.
¿Qué usted aprieta ó afloja,

segun quiere? ¡Muy bien hecho!
Yo con el mismo derecho,
hago lo que se me antoja.
¿Usted atrevido? ¡Y yo!
¿Despreocupado? ¡Yo más!
No hay que transigir jamás,
porque entónces se acabó.
He de sufrir los errores
de quien descaro mintiendo.
se sale por ahí diciendo,
—*yo tengo cosas, señores.*
Y sin más que esta razon,
que vá contra el buen sentido,
callemos dando al olvido
nuestra propia estimacion.
Al loco trato cual loco,
y esta es muy buena receta;
el que á mí no me respeta,
no le respeto tampoco.
No habria estos tipos, nó,
ni tales cosas pasaran,
si los demás me imitaran
é hicieran lo que hago yó.
Mas lo cierto, Luisa amada,
es que en general la gente
baja callando la frente
y no se cuida de nada.
Tu padre llegó á inferir
que es uno de esos... ¡Me alegro!
ya verá el futuro suegro
con el que se vá á batir.

LUISA. ¡¿A batirse?!

FABIAN. ¡Nó, mujer!
es un duelo en buen sentido...
¡Oh! Vá á ser muy divertido,
porque en él voy á vencer.
Voy á ser un nuevo Cid;
tú verás: oye, Luisa;
has dicho que le precisa

marcharse hoy mismo á Madrid.

LUISA. Sin remedio.

FABIAN. ¡Delicioso!
Cuando veas que ya está
cerca la hora, te dará
un patatús espantoso.
Así el viaje se enreda,
¿me comprendes?

LUISA. Bueno, sí.

FABIAN. ¡Oh se vá á acordar de mí!
Yo le haré entrar en vereda.

LUISA. ¿Pero qué intentas?

FABIAN. ¿Qué intento?
Cosas mias. ¡Deja hacer!
No te podré sorprender
si mis proyectos te cuento.
Tú no te admires de nada:
ya sabes cuánto te adoro,
que eres mi luz, mi tesoro,
mi esperanza idolatrada.
Ahora te vás, no sea que...

LUISA. (Dirigiéndose á la habitacion de la izquierda.)
Haré todo cuanto pides...

FABIAN. Del patatús no te olvides.

LUISA. Já! já! No me olvidaré.

ESCENA IV.

FABIAN.

"*Cosas son de Don Clemente:*"
yo haré ver á ese señor,
que conmigo no prospera
tan ridícula opinion.
Cosas... cosas... ¡Egoismo!
Aun no sabe quien soy yo:
suenan pasos... él será,

(Se pone la bata y el gorro que hay encima del baul-mundo.)

me meto aquí, y salga el sol
por Antequera, verémos
quien tiene más *cosas* hoy.
(Se sienta en la butaca y finge que duerme.)

ESCENA V.

FABIAN, DON CLEMENTE, *por el fondo, con todos los avíos de pescar y la cesta.*

D. CLEM. Se marchó. ¡Tenca maldita!
No se ha tragado el anzuelo;
nada ha servido mi celo,
mi pulso, mi...
(Repara en Fabian.) ¡Qué visita!
¿Quién será este personaje?
¡Pues me gusta! ¡Voto á San!
¿No es el mismo? ¡Fabian!
¡Y dormido! ¡Y con mi trage!
Apénas duerme el aleve,
y con mi bata... ¡Me irrito!
¡Eh! ¡Arriba, caballerito!

FABIAN. (Despertando sumamente incomodado y empujando á Don Clemente.)
¿Quién á tocarme se atreve?
¡Un palo! Pierde cuidado.
Te voy á moler los huesos...

D. CLEM. ¿A qué son estos excesos?

FABIAN. Pensé que era mi criado.

D. CLEM. ¡Muchas gracias!

FABIAN. ¡No es así!...
No pierda usted el reposo...
¡Ay! ¡Qué sueño tan hermoso!...
Siéntese usted por ahí.
(Se vuelve á la butaca.)

D. CLEM. ¿Que yo me siente?

FABIAN. ¡Pues!

D. CLEM. ¡Ya!
(¡A echarme de casa viene!)
(Coge una silla y se sienta al lado de Fabian.)

Pues ya sentado me tiene.

FABIAN. Ahora, amigo, usted dirá.

D. CLEM. (Incomodado.)
Usté es el que ha de decir,
que le hallo, sin que se abata,
con mi gorro y con mi bata
durmiendo á todo dormir.

FABIAN. Tiene usted razon, ¡sí á fé!
Usted me citó (Sacando el reló.)
y ¡por Dios!
¡desde las once á las dos
no habia de estarme en pié!

D. CLEM. (¡Es verdad! ¡Se me olvidó!
¡La tenca!)

FABIAN. Con que la culpa,
sin que yo quiera disculpa,
será de usted, mia nó.
Yo bien puntual he sido;
usted en casa no estaba,
y... ¡ya vé usted! le aguardaba
profundamente dormido.
Soy un médico algo zorro,
y huyendo á un aire colado,
¡qué quiere usted! me he abrigado
con su bata y este gorro.
Me perdonará esta chanza,
y más no nos disculpemos,
porque nosotros debemos
tratarnos con confianza.

D. CLEM. (¡De razones no es avaro!)

FABIAN. ¡Ya ve usted!...

D. CLEM. Sí, ya voy viendo.

FABIAN. Con que vaya usted diciendo
sin tener ningun reparo.

D. CLEM. Hombre, me tiene usted frito,
usted quién diga será.

FABIAN. ¿He de ser yo el que?... ¡Ah!

D. CLEM. Sí señor, ¡usted me ha escrito!

FABIAN. Es verdad, tuve ese honor.

D. CLEM. (Ahora en materia va á entrar.)
FABIAN. Pero yo suelo olvidar...
¡¡Tengo unas *cosas*, señor!!
D. CLEM. Ya veo...
FABIAN. Pues á eso voy.
Usted aún no me conoce,
pero en Madrid no hay quien goce
en donde quiera que estoy.
Tan grande es mi habilidad,
que con esta cara franca,
tengo siempre carta blanca
para hacer mi voluntad.
D. CLEM. Sí señor (¿Habrá camueso?)
será verdad... ¿Pero á mí?...
¿Ha venido usted aquí
á contarme todo eso?
FABIAN. Cada cual tiene sus artes
y yo con las mias brillo
porque á mí,
(Saca la petaca y le dá á Don Clemente un cigarro.)
¡vaya un pitillo!
me quieren en todas partes.
D. CLEM. Sí señor, sí, podrá ser,
pero su discurso acorte,
que hoy salgo para la corte
sin poderme detener.
¡Y gasta usted una calma!...
(¡Ahora me la vá á pedir!)
FABIAN. (Que ha encendido un cigarro y al ir á coger Don Clemente el fósforo encendido, lo apaga y dice tirándolo al suelo.)
Gracias.—Voy á concluir,
Don Clemente de mi alma.
(Aquí habrá un juego escénico que se deja al capricho del actor. Fabian ofrece várias veces fuego á Don Clemente, y al ir á cogerlo éste, le deja con el brazo en el aire y se lleva el cigarro á la boca.)
Pues señor, el caso es sério...
D. CLEM. (A pedírmela ahora vá.)
FABIAN. Y á usted no le chocará

que hable con cierto misterio.

D. CLEM. Con tal que acabe usted pronto.

FABIAN. Por supuesto: ¡qué bobada!
La materia es delicada,
y yo no soy ningun tonto:
y aunque mil fórmulas hallo,
al fin no es cosa de juego...

D. CLEM. Pero hombre, ¡me dá usted fuego
con doscientos de á caballo!

(Fabian le dá el cigarro, pero al ir á quitar la ceniza le echa todo el fuego encima del pié.—Don Clemente saca un pié de la zapatilla y se lo sugeta con la mano.)

¡¡Qué me abraso!!

FABIAN. ¡Por merced!
¡Tengo un callo! ¡por mi vida!
¡Esta bota fementida!
Voy... con permiso de usted.

(Se saca la bota y mete el pié en la zapatilla que ha dejado en el suelo Don Clemente, dejando su bota en el lugar que aquella ocupaba.)

Pues como le iba diciendo (Bajando la voz.)
el caso presente es
del más profundo interes,
conforme podrá usté ir viendo.
¿Nos escucha alguno?

D. CLEM. No.

FABIAN. Oiga usted.

D. CLEM. (¡Gracias al cielo!)
(Poniéndose la bota de Fabian.)

FABIAN. ¿Qué opina usted de este pueblo?
¿Qué le parece?

D. CLEM. ¿Quién? ¿Yo?

FABIAN. ¡Qué frutas, eh! ¡¡Qué campiña!!
sólo al verla me alborozo.

D. CLEM. (¡Pues señor, con este mozo
me ha caido buena viña!)
Que va á llegar el tren.

FABIAN. ¿No ha visto usted una flor
que se cria?...

D. CLEM. ¡No señor!

FABIAN. Ni...
D. CLEM. ¡Tampoco!
FABIAN. ¡Bueno! ¡Bien!
¿Ni llega usted á inferir...?
D. CLEM. ¡Nada! ¡Nó!
FABIAN. ¡No se impaciente!
Pues entónces, Don Clemente,
no tengo más que decir. (Levantándose.)
D. CLEM. ¡¿Cómo?!
FABIAN. Nada: que me apresto
á marcharme, ¡que me inmolo!
D. CLEM. ¿Y me ha dado usted un solo,
jovencito, para esto?
FABIAN. A palabras tan galantes
no resisto...
(Haciendo ademan de volverse á sentar.)
D. CLEM. (Impidiéndolo.) ¡No señor!
Hágame usted el favor
de marcharse cuanto ántes.
FABIAN. ¡Desde luego! No se trata
de darle un pesar insano...
con que... beso á usted la mano...
(Dirigiéndose al foro.)
D. CLEM. (Detrás de él.)
¡¡Qué se lleva usted mi bata!!
FABIAN. (Quitándosela.)
¡Qué cabeza! ¡No se asombre!
Tiene usted mucha razon...
beso sus pies, señor don...
¡¡Ya se me olvidó su nombre!!
(Váse con el gorro y la zapatilla.)

ESCENA VI.

DON CLEMENTE, *despues* LUISA.

D. CLEM. ¡Jesús! Jesús! ¡Qué demonio!
(Llamando) ¡Lüisa! No puedo más.
¡Si me duele la cabeza!
LUISA. ¿Qué es lo que quieres, papá?
¿Qué te sucede?

D. CLEM. Ese chico...
¡Qué mareo! ¡ Voto á San!
¡Vaya un rato que me ha dado!
Despues de tanto charlar
no me ha dicho una palabra
de su negocio; ¿si habrá
presumido desde luego
lo que le iba á contestar?
LUISA. ¡No le hagas caso!
D. CLEM. ¡Estoy fresco!
LUISA. *Son cosas* de Fabian.
D. CLEM. Tiene tu novio unas *cosas*,
que hacen á un santo votar.
¡¡Sí, hasta me duele este pié!!
Mírame ¡por Dios!
LUISA. (Reparando en la bota.) ¡Já ¡já!
¡¡Si tienes puesta una bota
de mi novio!!...
D. CLEM. ¡Satanás!
Tírala por la ventana:
trae las mias, ¡quémala!
LUISA. ¿Pero cómo ha sucedido?
D. CLEM. ¿Si todo lo enreda el tal?
LUISA. ¿Dónde está tu zapatilla?
¡Se la ha llevado! ¡Já, já!
D. CLEM. ¿Se la ha llevado? ¡Por vida!
LUISA. ¡Y una bota en su lugar
te deja!...
D. CLEM. Pues no me acuerdo.
LUISA. Bueno: mas no negarás
que tú puesta la tenias.
D. CLEM. Puesta estaba, ¡es la verdad!
LUISA. ¡Se la habrás quitado tú!
D. CLEM. ¿Quitarla yo?
LUISA. Tú verás.
D. CLEM. No sé; ya estoy confundido.
¿Cómo he podido?
LUISA. ¡Qué par!
Él desmemoriado, y tú

que no te acuerdas jamás
ni del santo de tu nombre,
nada de particular
tiene lo que ha sucedido.

D. CLEM. ¿Con que tambien él es tan?...

LUISA. Lo mismo que tú, no he visto
un carácter más igual.
Y si vieras que buen fondo
tiene; ¡lo mismo que el pan!
Segura estoy que ese chico
muy pronto ha de figurar
entre los mejores médicos
de nuestra gran capital.

D. CLEM. No le vengas disculpando...

LUISA. ¿Por qué le he de disculpar?
¿Por qué es un vivo retrato
de mi querido papá?
¡Qué más gloria para mí!
¿Qué más puedo ambicionar?
¡Mejor! Si con él me caso,
acostumbrada estoy ya
á ese génio... porque tú...

D. CLEM. Vamos, bien, ménos hablar
y ves arreglando todo,
que el tren pronto llegará,
y está toda mi fortuna
espuesta á un trance fatal.
Mañana en Madrid, en popa
todos mis asuntos van,
este es mi último negocio,
y despues, á descansar.

ESCENA VII.

Dichos, FABIAN *por el foro, en igual traje con que salió de escena.*

FABIAN. Ustedes dispensarán
la franqueza.

D. CLEM. Bueno, ¿qué

se le ofrece?

FABIAN. Poca cosa,
mas desearia saber
si me he dejado una bota.

LUISA. Sí señor, téngala usted...

FABIAN. Señorita, usted perdone
la molestia...

LUISA. No hay de qué.

D. CLEM. (¡Pobrecillo! ¡Esa cabeza
creo que no marcha bien!)

FABIAN. (Sin coger la bota que le alarga Luisa, se sienta.)
Don Clemente, ¡*cosas mias*!
tambien le vengo á traer
la zapatilla y el gorro
que hace poco me llevé...

(Le alarga con el pié la zapatilla, que coge Don Clemente; se quita el gorro y mete el pié desnudo dentro, creyendo que es su bota.)

como soy tan distraido...

D. CLEM. ¡Pero hombre de Lucifer
que me rompe usted el gorro!

LUISA. ¡Já! ¡já! ¡já¡

FABIAN. Perdóneme.

LUISA. ¡Já! ¡já!

D. CLEM. Sí: rie la gracia,
que lo merece el doncel.

FABIAN. ¿Y se van ustedes hoy?

D. CLEM. Sí, señor mio, con que...

FABIAN. Nos irémos todos juntos.
Nada, es hecho, espéreme,
voy á casa por mis chismes;
soy mas listo que un lebrel.
(Saca la petaca.)
¡Un cigarrillo!

D. CLEM. (Retrocediendo.) ¡No gasto!

FABIAN. Su papá de usted me es (á Luisa.)
furiosamente simpático,
(A Don Clemente.)
y usted puede suponer
que si nó, no lo diria,

porque soy incapaz de...
yo tengo un genio muy franco.

D. CLEM. (Mirando al reló con impaciencia.)
¡Qué ya va á llegar el tren!

FABIAN. Aun falta un poco, no importa;
si estorbo me marcharé:
yo no me ofendo por nada
no señor...

LUISA. ¡Já! ¡já!

D. CLEM. ¡Luzbel!
(Muy de prisa.)

FABIAN. (Con ligereza creciente.)
Irémos juntos ¡qué gusto!
y en igual wagon los tres,
cantarémos, charlarémos,
fumarémos, ¡qué placer!
Yo me encargaré de todo,
los billetes sacaré,
facturaré el equipaje,
alas se vuelven mis piés;
¡verá usted mi fiambrera!
es un mónstruo, ¡¡una babel!!
correré tambien con eso;
yo llevaré qué comer:
¡para eso me pinto solo!
Y por de pronto pondré
perdices, queso, aceitunas,
frutas, ternera, un pastel,
salchichon, pastas...

D. CLEM. ¡Qué infierno!

FABIAN. Avellanas, nueces, miel...
sardinitas, escabeche,
pimientos, ostras...

D. CLEM. ¡¡Un buey
que le coja á usted!!

FABIAN. ¡Mil gracias!

LUISA. ¡Já! ¡já! ¡já!

D. CLEM. Por vida de...

FABIAN. Las novelas de *Feval*,

de *Gozlan* y de *Sué*...

D. CLEM. ¡¿Pero hombre, con mil demonios
se quiere marchar ustéd?!

FABIAN. A eso voy; yo soy un rayo...

D. CLEM. (¡¡Qué no te partieran cien!!)

FABIAN. Con franqueza, Don Clemente,
si es que molesto, me iré...
son mis *cosas*; señorita...
como guste mándeme...
Don Clemente de mi vida
esos cinco...

D. CLEM. ¡Tenga diez,
con tal que se marche pronto!
(Alargándole ambas manos.)

FABIAN. Entónces hasta el anden. (Vase por el foro.)

ESCENA VIII.

DON CLEMENTE, LUISA.

D. CLEM. (Andando apresuradamente por la escena sin hacer nada.)
¡Este hombre me vá á enterrar,
cargue el infierno con él!

LUISA. Son sus *cosas*!...

D. CLEM. ¿Son sus *cosas*?
¡Bien! Pues mira, encárgale
que no las tenga conmigo:
anda, que puede volver,
y si es asi, sin remedio,
la entrego en un santiamen.
Vamos volando que ya
si llegarémos no sé...

LUISA. ¡Ay, Dios mio! (Cayendo en una silla.)

D. CLEM. ¿Qué te pasa?

LUISA. Siento extraña languidez.

D. CLEM. ¡Esto sólo nos faltaba!

LUISA. ¡Me muero!

D. CLEM. ¡Por San Andrés!
¿Qué sientes?

LUISA. Aquí en el pecho
una punzada cruel...
D. CLEM. Pero intenta andar...
LUISA. No puedo.
D. CLEM. Haz la prueba.
LUISA. (Poniéndose de pié.) Probaré.
¡Ay! se me doblan las piernas...
Papá, me voy á caer...
(Agarrándose á su padre.)
D. CLEM. Y aquí no hay coches, ni médicos,
y se vá á marchar el tren;
sin duda se ha desatado
el infierno de esta vez.
LUISA. ¡Ay! Me voy á echar un poco,
¡no me sueltes!...
D. CLEM. ¡Bueno! ven,
¡Qué dia! ¡Cuántos desastres!
¡Señor! ¡No lo olvidaré!

ESCENA XI.

FABIAN, *mirando al relõ.*

Aún es tiempo. De esta hecha
realizaré mi deseo,
todo vá como yo dije,
aquí á Don Clemente espero,
porque el que hizo lo más
no vá á huir ante lo ménos.
Las cosas hacerlas bien
en regla ¡y el triunfo es nuestro!
No hay que pensar en ceder,
porque entónces viene al suelo
el castillo que mi amor
levantó con tanto empeño.
Ahí suena su voz, en algo
las manos entretendrémos.

(Coge una caña de pescar y subido en una silla tira el anzuelo al baul-mundo de Don Clemente.)

ESCENA X.

FABIAN, DON CLEMENTE, *dándole la espalda, habla con su hija.*

D. CLEM. A ver si duermes un poco:
eso se pasa al momento,
yo entre tanto cerraré
los dos mundos, y en un vuelo,
si no puedes... en mis brazos
al ferro-carril.

(Cierra la puerta y se dirige á su mundo tropezando en Fabian.)

¡¡Qué veo!!
¡¿Qué hace usted, hombre de Dios?!

FABIAN. ¡Pescar!

D. CLEM. ¡¡Pescar mis chalecos!!
¡Mis pantalones! ¡Mis gorros!
¡Mis camisas! ¡Mis pañuelos!
Hombre, usted no tiene juicio,
usted ha perdido el seso.

(Le quita la caña y dice con mucho enojo cruzándose de brazos delante de Fabian.)

¿Dígame usted, señor mio,
se ha propuesto usted?...

(Variando de tono dice con la mayor alegría.)

¡¿Por cierto!?
¡Es verdad!... ¡Sí! ¡Qué fortuna!
Venga un abrazo ¡diez! ¡ciento!
algun ángel le ha enviado.

FABIAN. Sí señor.

D. CLEM. ¡Usted es médico!

FABIAN. Eso dicen.

D. CLEM. ¡Qué placer!
¡Óh! pues entre usted corriendo,

FABIAN. (Sentándose.)
No hay prisa.

D. CLEM. Mi pobre hija
tiene un dolor en el pecho.

¡Es Luisa! ¿Comprende usted?
Su adorada, su...

FABIAN. No entiendo.

D. CLEM. ¡No venga usted con *sus cosas*!
Lo sé todo y les concedo
mi paternal bendicion.

FABIAN. ¡El pulso!

D. CLEM. ¡Si yo estoy bueno!
es ella la que...

FABIAN. (Tomando el pulso á Don Clemente.)
No importa:
al fin y al cabo sospecho
que está usted mucho peor.

D. CLEM. ¿Yo?

FABIAN. Como lo está usté oyendo.
Dice usted que es mi adorada
y que consiente...

D. CLEM. Consiento.

FABIAN. ¿En qué?

D. CLEM. (¡Si será animal!)
¿En que ha de ser? ¡Que lo apruebo!

FABIAN. ¿Que su hija se encuentre enferma?

D. CLEM. Hombre nó, en...

FABIAN. Pues no acierto.
Yo no le he dicho á usted nada,
no comprendo tal misterio.

D. CLEM. ¿Y cómo quiere que yo
entienda sus desaciertos?
¿Cómo quiere que me explique
que aquí le encuentre durmiendo,
arropado con mi bata,
cuando me pide al momento
una cita y viene á hablarme
de qué me parece el pueblo,
de si aquí crecen las coles,
y despues se va tan serio
marchándose con mi gorro,
mi zapatilla... y ni esto
me dice de lo que importa:

y si luego vuelve... ¡cielos!
le encuentro muy serio armado
de la caña y el anzuelo
pescando mis pantalones
mis levitas y mis cuellos?

FABIAN. *Cosas* mias, Don Clemente.

D. CLEM. ¡Al diablo las encomiendo!
Vaya unas cosas, ¡por Cristo!

FABIAN. Bueno: somos compañeros;
usted las tiene de á folio,
segun dice el mundo entero,
y yo tambien, Don Clemente,
gozo de ese privilegio.
Con que no hay que sorprenderse;
cada cual examinemos
nuestra conducta, y despues
se juzga con buen criterio
la de los demás, ¿me explico?
estoy en lo justo creo.

D. CLEM. (Es verdad, tiene razon:
¡me ha mareado este médico!)

FABIAN. Usted me citó á las once,
y sin embargo muy serio
á esta hora coge la caña
y se vá á pescar... ¡bien hecho!
¿Ha visto usted, Don Clemente,
que yo me enfade por eso?
¡Pues lo mismo que hago yo
haga usted con mis defectos!

D. CLEM. (Me ha dejado convencido.)
(Con la mayor angustia.)
¿Pero ese dolor?...

FABIAN. Ya es viejo.
Le conozco desde antiguo...
es el mismo que padezco...

D. CLEM. ¡Qué calma, señor, qué calma!
¡Ay Dios mio! ¡más no puedo!
Suceda lo que suceda
de este sillon no me muevo! (Se sienta.)

FABIAN. (Levantándose.)
¿No quiere usté ir á Madrid?
D. CLEM. ¡Sí señor! ¡¡Ese es mi intento!!
¿Mas cómo? si en este dia
andan los demonios sueltos.

ESCENA XI.

FABIAN *ha sacado á* LUISA *de la habitacion de la izquierda y la coloca detrás de Don Clemente sin que éste lo vea.*

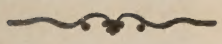
FABIAN. Con su hija, ¡tenga más calma!
y aleje usted la tristeza:
ahora vuelva la cabeza
y véala en cuerpo y alma.
LUISA. Padre...
D. CLEM. ¿Ya se fué el dolor?
FABIAN. Y con él tambien sus cosas,
pues curas tan milagrosas
las hace sólo el amor.
D. CLEM. ¡Comprendido!
FABIAN. Don Clemente,
no eche esto usted al olvido:
esto una leccion ha sido,
una leccion conveniente.
Libre ya de mis engaños
serán sus horas dichosas,
porque usted...
D. CLEM. (Precipitadamente.) No tendré *cosas*,
aunque viviera cien años.
No ha sido mala invencion.
FABIAN. De ella los autores fuimos.
LUISA. (Arrodillándose con Fabian á sus piés.)
Y su perdon le pedimos.
D. CLEM. (Levantándolos en sus brazos.)
Venid á mi corazon.
FABIAN. Ahora vámonos al tren,

los billetes aquí están. (Sacándolo .)

D. CLEM. Vamos al tren, Fabian,

LUISA. Vámonos juntos ¡qué bien!

FBIAAN. Anunciemos á la gente
del uno al otro confin,
que en nosotros dieron fin
las *cosas* de Don Clemente.
Y si alguno le provoca
y con bromitas se viene,
no olvide usted que en mí tiene
UN YERNO A PEDIR DE BOCA.

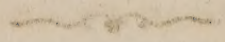


los billetes aquí están. (Sacando.)

D. CLEM. Vamos al tren, Fabián.

LUISA. Vamonos juntos (para Isa).

FABIÁN. Asumiremos á la gente
del mundo el otro cuentín,
que en nosotros dieron fin
las cosas de Don Clemente.
Y al alumno la propuesta
y con bromitas se vienen,
no olvide usted que en mal tiene
[illegible] VERNO A TODIE DE PROA.



RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.50
no.2